

Colección **Ciencias Humanas**

Bruno Latour
**Crónicas de un amante
de las ciencias**

Traducción **Lucía Vogelfang**

 **Dedalus** Editores

Latour, Bruno

Crónicas de un amante de las ciencias. - 1a ed. - Buenos Aires : Dedalus, 2010.
286 p. ; 21x14 cm.

ISBN 978-987-23248-8-9

1. Sociología de las Ciencias. I. Título
CDD 306.42

Cet ouvrage, publié dans le cadre du Programme d'Aide à la Publication Victoria Ocampo, bénéficie du soutien du Ministère français des Affaires Étrangères et du Service de Coopération et d'Action Culturelle de l'Ambassade de France en Argentine.

Esta obra, publicada en el marco del Programa de Ayuda a la Publicación Victoria Ocampo, cuenta con el apoyo del Ministerio de Asuntos Extranjeros de Francia y del Servicio de Cooperación y Acción Cultural de la Embajada de Francia en la Argentina.

Título original: *Chroniques d'un amateur de sciences*

© 2006, Mines Paris - Les Presses

© 2006, Bruno Latour.

© de la traducción: Lucía Vogelfang

1ª edición en español: diciembre de 2010

Dedalus Editores

Felipe Vallese 855, Buenos Aires, Argentina.

info@dedaluseditores.com.ar, dedalus.editores@gmail.com

www.dedaluseditores.com.ar

Diseño de colección y cubierta: Crudele Ribeiro Diseño

Diagramación: Ariel Shalom

ISBN 978-987-23248-8-9

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, digital, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

Indice

<i>La Recherche</i> , ¿una gran revista política?	11
¿Hacen falta críticos de ciencia?	19
¿Dijo usted “científico”?	25
Elogio del relativismo	29
¿La República ya no necesita científicos?	35
¿Necesitamos “paradigmas”?	39
¿Cómo dejar escapar un descubrimiento?	45
¿Tiene algún sentido la historia de las ciencias?	51
¿El fin de la Ciencia?	57
¿Hay que hablar de la historia de los hechos?	63
¿Una disciplina científica tiene que reflexionar sobre sí misma?	69
¿Hasta dónde hay que llevar la historia de los descubrimientos científicos?	75
¿Hay que defender la autonomía de los científicos? Sí, a condición de que la compartan con todo el mundo...	81
¿Dijo usted pluridisciplinario?	87

El <i>texto</i> de Turing	91	La guerra de las calcomanías: ¿quién es el pez más gordo? ¿Darwin o Jesús?	221
La rebelión de los ángeles de Frege	95	“Nadie sabe con certeza...”	225
¿Hay que tenerle miedo al reduccionismo?	101	El fin de las técnicas	229
“¡Cogito, ergo sumus!”	107	¿Cómo evaluar la innovación?	233
Einstein en Berna: Lo concreto de lo abstracto	113	Siguiendo la huella de la innovación arriesgada	239
Derecho y ciencia	117	¿Hay que saber antes de actuar?	243
¿Cómo acostumbrar a los investigadores a vivir peligrosamente?	121	Sujetos recalcitrantes	247
¿De qué religión es heredera la Ciencia?	127	¿Por qué venís tan Tarde?	253
¿Es la ciencia más espiritual que la religión?	133	La guerra de los dos Karl o cómo hacer para antropologizar la economía.	257
Visible e invisible en ciencia	137	La objeción de las ciencias sociales	261
La obra de arte en la época de su reproducción digital	143	¿La diplomacia de las excavaciones o cómo respetar a los muertos?	265
Tengamos cuidado con el principio de precaución	149	¿Cómo elegir la cosmología?	269
Diversos sentidos de la representación	153	Guerra de las ciencias –un diálogo–	273
La espada de Damocles	157		
¿Hasta dónde debe llegar el debate público? ¡Hasta el cielo!	161		
¿Hay que tenerle miedo a los suizos?	167		
Por un derecho a la controversia científica	171		
Política local y ecología práctica	177		
“¡Contra la reacción morena!”	183		
Una sesión en la Academia de Agricultura	189		
¿Hay que conservar el principio de imprudencia?	193		
La sabiduría de las vacas locas.	197		
La verdadera novela de la investigación	203		
“Happy Birthday to you HAL!”	209		
¡Cuidado! “Material culturalmente sensible”	215		

Agradecimientos

Agradecemos al diario *La Recherche* la autorización para reproducir estas crónicas y a Abril Ventura por su paciente trabajo de relectura.

La Recherche, ¿una gran revista política?

ELLA: ¿Lee regularmente *La Recherche*¹?

ÉL: Sí y no, de hecho no, aunque el centro de documentación de mi laboratorio recibe la revista. Así que virtualmente la miro de todas formas. Se imagina, ya bastante trabajo es leer todo lo que aparece en la especialidad a la que uno se dedica...

ELLA: Sí, pero justamente, este órgano podría permitirle estar al tanto de lo que sucede por fuera de su especialidad, ¿no?

ÉL: Es probable, pero para serle sincero, me parece que *La Recherche* cambió mucho.

ELLA: La investigación también, ¿no?...

ÉL: Puede ser, pero en fin, antes la revista tenía mucho más peso. Si un artículo aparecía allí se convertía en una referencia;

¹ N. de la T.: *La Recherche* es una publicación francesa realizada por periodistas científicos que se consagra, desde 1972, a la divulgación de la ciencia, y que se ha convertido en la revista de referencia sobre información científica francófona. En esta entrevista, lectora e investigador debaten acerca de la publicación y se preguntan si es principalmente un lugar de divulgación de los logros científicos autorizados, o si debe dar a conocer los debates que hacen a la vida de la investigación científica y participan en la construcción del mundo común. La palabra francesa "recherche" significa investigación, búsqueda.

era una especie de Boletín Oficial de la ciencia francesa.

ELLA: Ah, porque seguramente usted lee frecuentemente el Boletín Oficial, ¿no?

ÉL: Por supuesto que no, nunca; pero era algo bueno, incluso aunque no se leyeran, los *papers* estaban allí de todas formas...

ELLA: ¿Quiere decir que antes había artículos serios que no había necesidad de leer y que ahora igual no se los lee pero por otra razón, porque ya no son suficientemente oficiales?

ÉL: En un sentido, sí. Antes, los artículos eran serios pero no se podían leer porque eran incomprensibles, excepto para los especialistas. Ahora, quizás son legibles, pero ya no tienen la misma autoridad, están llenos de controversias, de debates, de incertidumbres, y además la revista está atiborrada de aspectos no técnicos, de asuntos de sociedad: uno se pierde ahora, hay incluso no-científicos que escriben allí, ¿entiende lo que quiero decir?

ELLA: Pero la investigación, sin embargo, se hace bastante bien a pesar de todas las controversias, disputas y preguntas que involucran grandes cuestiones, ¿no?

ÉL: Por supuesto, pero eso no justifica que se expongan esas cuestiones en la plaza pública. Una revista de divulgación no debe hablar de cuestiones de la cocina interna de la comunidad científica.

ELLA: Pero esa famosa “comunidad científica francesa”, ¿en qué órgano expone sus dificultades, sus intereses, sus estados de ánimo?

ÉL: De hecho, en ningún lado, y eso es un verdadero problema. Un poco en la Academia, otro poco en los pasillos del ministerio, en las revistas anglosajonas... pero no hay verdaderamente un órgano apropiado.

ELLA: ¿Y *La Recherche* no podría servir para eso? ¿No podría brindarle un foro común a todas las disciplinas? ¿Y si, en vez de

ocupar el rol de Boletín Oficial, ilegible para los resultados de cada especialidad por separado, explorara lo que estas disciplinas tienen en común?

ÉL: Sí, no sería nada tonto, los lobbies científicos tendrían finalmente su publicación, como sucede en Estados Unidos con las editoriales de *Science*, pero se convertiría en una revista para nosotros los científicos, ya no le interesaría a nadie más.

ELLA: ¿Por qué no? Los estudiantes, los profesores de ciencia, los ingenieros, los industriales, el gran público, todos pagan por la investigación, es su ciencia también después de todo, son sus impuestos, quizás les interese saber lo que están investigando, buscando, por qué privilegiaron tal disciplina, tal instrumentación, tal programa, tal colaboración. ¿No cree usted que el público y la comunidad científica tienen de todas formas intereses comunes que compartir?

ÉL: Sí, por supuesto, es necesario que la opinión pública sepa y comprenda lo que hacemos. Es necesario que esté al tanto. Pero la divulgación, como usted sabe, no es una cosa fácil.

ELLA: ¿Es acaso porque usted no imagina otra alianza posible con la opinión pública que no sea la divulgación? Si ésta está al tanto de sus resultados, todo saldrá bien, ¿eso es lo que usted cree?

ÉL: Sí, ¿por qué? ¿Qué otro rol podría jugar el público?

ELLA: Es desalentador... Ahora entiendo por qué les cortan el crédito. ¡El público tiene mil razones para interesarse por lo que hacen los investigadores, además de la divulgación! Es su propio futuro el que, en gran medida, se decide en los laboratorios, ¿o no?

ÉL: Ah, sí, por supuesto, naturalmente, estamos orgullosos de eso. Pero que los no-científicos esperen a que hayamos producido resultados indiscutibles y ahí los pondremos al tanto. No vamos, mientras tanto, a exponer en las revistas nuestros problemas personales, nuestros debates internos, nuestras

cuestiones de políticas científicas, nuestras elecciones de equipamiento, nuestras hipótesis de trabajo.

ELLA: ¿Y por qué no? Una de dos: o bien el futuro de los franceses se decide a través de las ciencias y las técnicas, y entonces lo que pasa en este campo debe debatirse públicamente con los investigadores y en función de sus intereses, quizás contradictorios; o bien la ciencia ya no define el futuro de los franceses, de los francófonos, y entonces ya no necesitan llevarles el apunte. Hagan que el sector privado pague sus artilugios. Pero entonces, por favor, no hagan de la ciencia un sacerdocio indispensable a la mayoría.

ÉL: Pero por supuesto que somos útiles para todo el mundo, ¿cómo poner eso en duda?

ELLA: Y bien, entonces, demuéstrenlo, argumenten, escriban en *La Recherche*, expliquen sus disciplinas, sean comprensibles, defiendan sus especialidades, recuérdennos las buenas razones que tenemos para creerles, para apoyarlos, para quererlos... ¡Hagan que nos interese por ustedes!

ÉL: Pero eso es una evidencia, la Ciencia conduce el mundo, la Razón sostiene la democracia. No hay nada por encima del conocimiento. ¿No vale le pena empeñarse en demostrar tal cosa?!

ELLA: ¿Pero cómo que no? ¡Más bien que sí! Es como si se les explicara a los diputados que ya no tienen que votar el presupuesto de este año porque, de todas formas, estamos en una democracia y sólo tienen que confiar en los funcionarios del Tesoro...; o como si se les dijera a los jueces que no deben someter a examen a los diputados porque los políticos, por definición, trabajan en pos del interés general y no pueden hacer daño. Ustedes tampoco están más allá de toda sospecha. ¿Cuándo explicó usted por última vez de manera convincente la importancia y el interés de su disciplina? ¿Cuándo convenció usted a alguien que no pertenecía a su misma especialidad y

que no era uno de sus patrocinadores?

ÉL: ¿Usted quiere decir que necesitaríamos una publicación propia de la comunidad científica francesa para convencer nuevamente al público de que lo que queremos investigar merece su apoyo, que es interesante, que es pertinente, y que los futuros que trazamos a través de esas investigaciones merecen ser vividos, en todo caso, que hay que debatir con aquellos a quienes este asunto concierne directamente?

ELLA: Sí, de alguna manera, comenzamos a comprendernos.

ÉL: ¡Pero la ciencia más bella del mundo sólo puede dar lo que tiene! Usted confunde, me parece, la ciencia con la política y lo que exige de nosotros debería pedírselo a los diputados, a los periodistas, a los hombres y mujeres de la política.

ELLA: Quizás en efecto es exactamente eso lo que busco: que *La Recherche* se convierta en la gran revista política del siglo que viene, lo que fue *Esprit* o *Les Temps Modernes* en la posguerra, *Le Nouvel Observateur* durante la guerra con Argelia...

ÉL: Pero entonces, usted mezcla todo. Nosotros los científicos sólo buscamos dar del mundo la representación más fiel posible; todo lo demás no nos pertenece.

ELLA: Eso mismo espero yo de una revista política: que participe de la búsqueda de la representación más fiel posible del mundo en el que queremos vivir.

ÉL: ¡Pero usted hace juegos de palabras! Yo quiero decir representación fiel y usted me habla de... "representación fiel", yo hablo del mundo y usted me habla "del mundo"...

ELLA: Y bien, ¿no estamos acaso hablando de lo mismo? ¿No es el mundo lo que hay que aprender a representar bien, y que necesita entonces fieles representantes, exactos, confiables, ustedes, nosotros, y todos aquellos que también están implicados, que necesitan un órgano común para saber si expresan la exacta verdad, en vez de sus intereses parciales, unilaterales?

ÉL: En ese punto, estoy perdido. El mundo del que hablo, el que tenemos que representar, es el mundo exterior, lejano, extraño al hombre, a la política, a los juicios de valor, el de los hechos, los simples hechos, el que nos fue dado en comunión, como herencia, a nosotros los científicos, y usted habla de...

ELLA: ...del mundo, sí, de ese mismo, el que es también interior, humano, cercano, disputado, el de las controversias, de las incertidumbres, el que tenemos que compartir con las cosas, con los animales, los objetos de toda clase, las galaxias y las partículas, los teoremas y las teorías, el que heredamos todos nosotros, los hombres, ¡e incluso las mujeres! para que lo comprendamos y representemos.

ÉL: ¿Pero cuál sería el interés de confundir en un mismo órgano de prensa los dos tipos de representación, de representantes, los que provienen, digamos, de la epistemología y los que provienen de la política?

ELLA: ¡Porque justamente podría debatirse allí la unidad de este mundo! Todas esas especialidades brillantes, todos esos expertos que se contradicen, se entrecruzan o discuten, todo ese público vacilante, esos diputados indecisos, esas reglamentaciones contradictorias, todo eso no alcanza siempre para construir un mundo, quiero decir, un mundo unificado.

ÉL: Pero el mundo está allí, fuera de nosotros, ya unificado, sin importar lo que hagamos, digamos o pensemos.

ELLA: Es en este punto en el que estamos en desacuerdo: si eso fuera cierto, ustedes hablarían todos de común acuerdo, sin desacuerdos. No, la unidad está por delante nuestro, no por detrás, no está ya hecha, obtenida sin combate y sin debate, de una vez y para siempre, Hay que producirla, reclamarla, pelear por ella, ¿y cómo hacerlo sin un foro, sin una revista, sin un órgano, sin autores capaces de hacerse entender? Y no simplemente para difundir sus pequeñas especialidades, sino

para crear su mundo común.

ÉL: ¿Y usted pretende pedirle eso a la revista *La Recherche*? ¿Hacer del ex Boletín Oficial de la Ciencia francesa con C mayúscula la gran revista política del mundo común del futuro, indisolublemente científico y político?

ELLA: Es eso mismo lo que pretendo en efecto. Digo que es más que la hora, que es uno de los medios para renovar la política y sobre todo la ciencia, su ciencia.

ÉL: Usted está soñando, me parece a mí, y, de todas maneras, no hay autores para los artículos que usted querría leer en esa revista. ¿Dónde están las plumas capaces de tales hazañas?

ELLA: Empecemos por usted: ¿por qué no escribir un artículo sobre los objetos de la investigación que tanto lo apasionan?

ÉL: Eh, tengo demasiado trabajo, y eso sólo me interesa a mí, me gusta más publicar en *PNAS*, en inglés, me trae más citas, y con las presentaciones de patentes, usted comprende...

ELLA: Entonces, ¿confiesa usted que a la comunidad científica francesa no le interesa y que le importa un bledo la relación entre la investigación y el público francés?...

ÉL: Pero de ninguna manera, se lo garantizo, de hecho usted me resulta muy simpática. Escúcheme, la próxima vez trataré de leer un número de la revista, sí, sí, mi centro de documentación está abonado, es fácil, en fin si tengo tiempo, no le prometo nada, me siento muy manipulado en este momento...

Mayo de 2000

¿Hacen falta críticos de ciencia?

Jean-Marc Lévy-Leblond lo observó a menudo: ¿cómo puede ser que haya críticos de arte y que la expresión “crítico de ciencia” no logre imponerse? No escasea, sin embargo, la gente dispuesta a criticar las ciencias, pero se trata en la mayoría de los casos de un rechazo sin matices, de una tecnofobia; ¡como si los críticos de arte se pusieran a detestar la pintura!¹ Y bien. Como la expresión “crítico de ciencia” no prosperó, la etiqueta “amante de las ciencias” es la que debe presidir esta crónica. ¿Cuáles son los derechos y las obligaciones de este género literario inusitado?

El amante de las ciencias no produce ciencia en la misma medida en que un crítico teatral no escribe obras. Ni uno ni otro buscan entonces emular aquello sobre lo que hablan: la autoridad que otorga el poder creador les es totalmente

¹ Se podrá encontrar en el número del *Monde Diplomatique* de principios del año 1998 un ejemplo particularmente extremo de un discurso crítico contra las “tecnociencias”, en oposición a lo que puede esperarse de amantes cultivados. A “la barbarie científica”, los autores no hacen sino oponerle, en toda la extensión de la página, lo que es preciso llamar “barbarie crítica”.

ajena. Se les pide más bien que participen en la formación del gusto del público, estableciendo un conducto entre las obras y aquellos que querrían apreciarlas pero que no saben todavía cómo hacerlo. Sin otra autoridad que su independencia y su familiaridad, a veces un poco impertinente, para con los objetos de los que hablan, los críticos, tan insoportables para los creadores como para el público, permiten no obstante que tanto unos como otros se forjen una opinión –en caso de necesidad a expensas de ellos mismos. Sirven de mediadores en el juicio crítico.

Podrán decirme que la palabra “mediador” ya existe y que designa, en el dominio de la ciencia, la ayuda que debe ofrecerse a los científicos para que transmitan sus resultados al gran público. Si bien son útiles para participar en la difusión de los conocimientos ya producidos, lamentablemente estos mediadores no sirven para formar el gusto por lo que apasiona, incluso en el presente, a los investigadores. Tanto más vale confundir la crítica literaria del “Lagarde et Michard”² que versa sobre valores ya establecidos, con el *Monde des livres* que debe, todas las semanas, arriesgarse a hacer evaluaciones que nada pueden garantizar. Por más indispensable que sea, la pedagogía relaciona a ignorantes con saberes, y no a curiosos con investigadores que todavía no saben.

Ahora bien, los científicos evalúan la calidad de sus hallazgos con adjetivos completamente diferentes a verdadero y falso: hay programas de investigación inútiles o dañinos, cálidos o fríos, duros o blandos, nuevos o banales, caros o baratos, tác-

² N. de la T.: André Lagarde y Laurent Michard fueron profesores de literatura entre los años 1950 y 1960. El “Lagarde et Michard” es un manual escolar ilustrado que compendia biografías y una selección de textos de autores franceses, acompañadas de notas, comentarios y preguntas dirigidas a los alumnos. Durante mucho tiempo sirvió de base para la enseñanza del francés en el nivel secundario en Francia y en otros países de lengua francesa.

tics o estratégicos, interesantes o triviales, estadounidenses o franceses, bellos o feos, autónomos o coaccionados, activos o degenerados, elegantes o torpes, estériles o fecundos.³ El amante de las ciencias busca relacionar los intereses del público, que no puede limitarse únicamente a la obligación de aprender prudentemente sus lecciones, con esta rica paleta de juicios.

Esta precisión, sin embargo, no alcanzará para calmar la irritación de ciertos científicos. Hay, en efecto, algo chocante en el hecho de tomar una disciplina científica, un instrumento, un coloquio, un artículo, un argumento, una controversia, por un bello objeto cultural, digno de ser apreciado, degustado, sopesado, amado o detestado de la misma forma en que se lo haría con un gran libro o una gran película. Los científicos pueden querer que nos interese por ellos, pero ciertamente no quieren que sus resultados sean tomados por obras de arte susceptibles de ser juzgadas por perfectos ignorantes que no pertenecen a la República de las Pruebas y que no corren, como ellos, el riesgo de la experimentación. Los científicos se ven tentados a responderles a estos críticos de ciencia con un: “no queremos que nos amen, presuntos amantes, sólo queremos que comprendan nuestras razones, y si no, ¡cállense!”

Nos encontramos entonces frente a dos posiciones posibles: en la primera, hay que distinguir totalmente la crítica de arte que juzga, gracias a habladurías indefinidas, sobre gustos y preferencias, y el saber que permite poner fin a las interminables discusiones gracias a un juicio indiscutible. En esta óptica, el amante de las ciencias no es, en el mejor de los casos, sino una mosca borriquera, y en el peor, un impostor –en cualquier caso

³ Imre Lakatos, *Histoire et méthodologie des sciences. Programmes de recherche et reconstruction rationnelle*, Paris, PUF, 1994, fue quien más lejos ha ido en la calificación de los programas de investigación por su fecundidad.

no tiene su lugar en una publicación científica.

Aquí, en esta crónica de *La Recherche*, exploro una posición diferente. Ya no sería cierto decir que habría, por un lado, investigadores que corren el riesgo de la experiencia para asentar sus resultados y, por otro, el público que debería ser paciente y esperar del lado de afuera hasta que los hechos estén lo suficientemente maduros como para tomar conciencia de ellos. Los tiempos cambiaron, y con ellos las relaciones del saber indiscutible y del juicio discutible. Estamos todos embarcados en las mismas experimentaciones colectivas, ya sea que se trate de genética, de meteorología, de ecología, informática o economía. Dicho de otro modo, a todos se nos conduce, por una razón o por otra, a hacer política científica. Ya sea que se trate de elegir de un estante un sachet de soja genéticamente recombinada, de sufrir o no sufrir una operación riesgosa, de abandonar nuestro auto Diesel, de hacer que nos extraigan sangre, de pasar a una moneda única, nos encontramos en el corazón de las controversias científicas, jurídicas, técnicas, legales, obligados a imaginar un programa de investigación y a apreciar los saberes por otras cualidades más allá de lo verdadero y lo falso.

¿Dónde se encuentra esta rica paleta de juicios sobre las ciencias que nos permitiría hacer frente a las nuevas obligaciones de esta política científica generalizada? En las ciencias mismas, justamente, o más bien en el corazón de los procesos de investigación. Es allí precisamente donde hay que ir a buscarla. Ya que los propios investigadores aprecian sus proyectos de investigación con adjetivos mucho más sutiles que “exacto” e “inexacto”, y ya que estamos embarcados en las mismas experimentaciones, es absolutamente necesario que compartan esos juicios con aquellos que se han convertido, como no podía ser de otro modo, en colegas. Los investigadores ya no deben solamente difundir su saber, sino también compartir su perplejidad frente a las políti-

cas científicas que nos conciernen a todos en diferente grado.

En lugar de la antigua partición entre saber indiscutible y política discutible, nos encontramos todos obligados a participar de una discusión pública. Es necesario entonces, en una publicación científica como ésta, multiplicar las voces y los géneros, hacer todo lo posible para que las ciencias sean objeto de juicios tan diversos como las discusiones que los investigadores sostienen entre ellos en lo más profundo de sus laboratorios. Cuando Jürgen Habermas, *De l'éthique de la discussion*⁴, Paris, Cerf, 1992, quiere mantener el debate público en contra de la razón instrumental de los expertos, no se da cuenta de que obtendría mucho más rápido lo que busca si tuviera en cuenta las controversias de los propios expertos. Lo que conduce a cruzar a Lakatos –que quiere poner a los científicos al resguardo del mundo social– con Habermas –¡que quiere poner al mundo social al resguardo de los científicos!. Magnífica simetría que brinda la solución al problema que ni uno ni otro consiguen resolver. El amante de las ciencias participa simplemente de esta proliferación. En todo caso, es el riesgo que corre.

Mayo de 1998

⁴ N. de la T.: Hay traducción al español: *La ética del discurso y la cuestión de la verdad*, Paidós, Barcelona, 2003.

¿Dijo usted “científico”?

Reducido a su forma, el método científico siempre se parece a consejos de sentido común, la mayoría de las veces divergentes: escuchar las opiniones contrarias, pensar bien antes de hablar, persistir suficiente tiempo sin dejarse intimidar, no obstinarse, verificar que uno no se haya equivocado, confiar. Todo esto es muy decepcionante. Son los objetos a los que se aplican estos preceptos los que otorgan su pertinencia a la expresión “método científico”¹. La falsificación, por ejemplo, no aparece como una regla profunda sino cuando se aplica a leyes físicas o a cuestiones de biología. Desligada de estas realidades materiales, no es, a decir verdad, sino una evidencia de sentido común que aplicamos todos los días.

Si parece tan difícil definir un método, es quizás porque buscamos denominar con un solo término formas de vida muy diferentes. ¿Qué significa, en efecto, el adjetivo “científico”? Podemos pensarlo al menos de tres maneras diferentes, a las

¹ Jean Lave, *Cognition in Practice. Mind, Mathematics and Culture in Everyday Life*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988.

que, según creo, es necesario distinguir cuidadosamente. En el primer sentido, “científico” se refiere a una forma de discurso que permite pasar por alto la palabra pública, la lengua popular, el murmullo mundano, los rumores ociosos, el muestrario indefinido de la subjetividad. En este primer sentido, decir que un dato cualquiera es “científico” quiere decir que ya no hay nada que discutir. Algo pasa en el centro de la vida común que es tan vano querer detener como lo sería querer detener un tren a gran velocidad lanzado a través de una aldea.

En el segundo sentido, el mismo adjetivo “científico” significa casi exactamente lo contrario: nuevas entidades de las que hasta el momento no se había hablado nunca comienzan a formar un universo de discursos inusitados, en el interior de comunidades científicas originales, en virtud de dispositivos experimentales nunca antes empleados. Estas entidades, lejos de pasar por alto la discusión, hacen que, al contrario, los científicos y aquellos a quienes éstos se dirigen queden perplejos. Pensemos en los priones, esas pequeñas proteínas, llamadas justamente “no-convencionales”, que pueden considerarse responsables de la enfermedad de la “vaca loca” –aunque todavía no es del todo seguro. Los hechos que las contienen no tienen todavía la potencia de un tren a gran velocidad: puede decirse que son sólo candidatos a una existencia asegurada. Lejos de interrumpir cualquier discusión, están aquí, a la inversa, para complicarla, como pudo constatare en virtud de ese enorme caso que puso en peligro todo el mercado europeo de la carne, así como todo el sistema de vigilancia veterinaria.

Pero hay todavía un tercer sentido, al que nos referimos, incluso sin pensarlo, cuando se afirma que un hecho es “científico”. Con eso quiere significarse que hay detrás del enunciado una gran cantidad de pruebas, de cifras, de *data*, que podría movilizarse en caso de que surgiera alguna duda. Mientras

que el primer sentido remite más bien a lo indiscutible y el segundo versa sobre la novedad y la perplejidad que engendra, este tercer sentido se basa más que nada sobre lo que podría llamarse la logística. Cuando se quiso trazar el mapa geológico de Francia, hizo falta recolectar, clasificar, administrar, sintetizar, reformatear centenas de miles de datos primarios. Hay allí un problema de *management* que se debe esencialmente a la amplitud de lo que se quiere manipular.²

Ahora bien, un enunciado puede ser científico en este tercer sentido y no serlo en el segundo, exactamente por la misma razón que un ejército puede tener una excelente logística pero ninguna estrategia. Inversamente, un enunciado puede ser científico en el segundo sentido –entidades nuevas complican las opiniones demasiado ligeras que sosteníamos hasta entonces acerca del mundo– sin ser, sin embargo, científico en el tercer sentido del término –ninguna masa de datos las respaldan. Es lo que sucede a menudo al comienzo de los avances teóricos, en algunos campos de las ciencias de la observación, en gran parte de las ciencias humanas y en casi todas las humanidades.

Al aplicar el mismo adjetivo “científico” nos referimos entonces a tres repertorios de acción que no tienen casi ninguna relación entre sí y que sólo la historia ha emparentado.

El primer sentido tiene como origen una larga guerra contra la política, entablada por los griegos y continuada hasta nuestros días: como el discurso político nos parece demasiado lento, demasiado retorcido, demasiado complejo, demasiado engañoso, buscamos simplificarlo recurriendo a enunciados

² Theodore M. Porter, *Trust in Number: The Pursuit of Objectivity in Science and Public Life*, Princeton, Princeton University Press, 1995. Mary Poovey, *History of the Modern Fact. Problems of Knowledge in the Sciences of Wealth and Society*, Chicago, Chicago University Press, 1999.

que tendrían la capacidad de taparle para siempre la boca a los oponentes y de suspender cualquier debate.³ Pero este primer sentido, el de la epistemología política, nunca se llevó bien con el segundo, que le permitió a las antiguas sociedades así como a las sociedades industriales, multiplicar el número de entidades con las que los seres humanos deben compartir su suerte.

Mientras que el primer sentido permitía limitar el uso de la democracia a una rabadilla, el segundo obliga, al contrario, a extenderlo siempre un poco más de manera que se puedan absorber las controversias incesantes que se refieren a las alianzas variables de humanos y de no-humanos. En cuanto al tercer sentido, de origen mucho más reciente, depende de las exigencias de la “demografía” de esos colectivos nuevos, obligados a mantener juntas cantidades cada vez más grandes de asociados –humanos y no-humanos.

No sorprende que cueste un poco de trabajo definir un método científico, si el mismo adjetivo aglutina sentidos tan diferentes...

Septiembre de 2000

³ Barbara Cassin, *L'Effet sophistique*, Gallimard, Paris, 1995 [Hay traducción al español: Barbara Cassin, *El efecto sofisticado*, trad. Horacio Pons, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2008].

Elogio del relativismo

La acusación de “relativismo” alcanza la mayoría de las veces para cerrarle el pico a los oponentes. ¿Cómo podríamos, sin paradojas, pretender hacer el elogio de ese signo de infamia? ¿El relativismo no es acaso el mal de este fin de siglo? Como lo dice la inscripción del afiche cinematográfico de una película: “¡Todo es sospechoso, todos están en venta, y nada es lo que parece!”¹ ¿No resulta evidente la necesidad de luchar contra este entusiasmo enfermizo? Sin embargo, aquellos que utilizan el término “relativismo” como una injuria definitiva se privan de todos los recursos que la discusión habría permitido si hubieran podido prolongarla un poco. Al querer suspender el trabajo de puesta en contacto, adoptan, sin siquiera saberlo, la posición opuesta: la del absolutismo.

El sentido común reúne en el mismo término –relativismo– posiciones muy diferentes.² El primer sentido remite a la apreciación de gusto. Contrariamente a lo que dice el proverbio, sobre gustos sí hay mucho escrito y nunca dejamos de discutir sobre ellos. Como lo demuestra toda la historia del arte, la

¹ N. de la T.: Se refiere al film *L. A. Confidential*, de Curtis Hanson.

² Uno de los numerosos orígenes de ese debate se remonta, como siempre, a los griegos. Véase el notable trabajo de Barbara Cassin, *L'Effet sophistique*, Paris, Gallimard, 1995 [Hay traducción al español: Barbara Cassin, *El efecto sofisticado*, trad. Horacio Pons, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2008].

formación de una jerarquía de gustos exige una confrontación continua y meticulosa de las fuentes del juicio.³ Lejos de encerrar al otro dentro de la propia opinión particular, se trata, muy por el contrario, de convencerlo, de formarlo, de enfrentarlo y de transformarse a sí mismo en virtud de esta confrontación. No se puede utilizar decentemente la palabra “relativismo” para designar la ausencia de toda jerarquía de valores, aunque ésta designa, justamente, la puesta en contacto por la cual se establecen, a tientas, las ya mencionadas jerarquías.

El segundo sentido, mucho más dramático, remite a esa idea de que existiría una cultura nacional o étnica tan particular que permitiría que nos liberáramos de cualquier discusión, de cualquier confrontación, de cualquier justificación. Que se utilice el adjetivo “relativismo” para designar la manera en la que ciertos regímenes totalitarios de este siglo quisieron erigir su etnia como un absoluto que les permitiera no ser ya responsables de sus actos frente a los demás, hete aquí algo que sobrepasa el sentido común. Pero que, por un reflejo condicionado, se llegue incluso a esgrimir la acusación de “nazismo” cada vez que se habla de “relativismo” en arte, en ciencia, en política, es algo que muestra hasta qué punto los argumentos de los vencidos pueden triunfar sobre sus vencedores: el rechazo del otro se manifiesta tanto en aquellos que tienen la audacia de utilizar este “argumento” como en los totalitarios de quienes se pretende que “el relativismo termina siempre por impulsar”.

Es probablemente un tercer sentido, menos erudito, menos dramático, el que se tiene en la mira cuando se esgrime sin siquiera pensarlo una acusación semejante: “Usted tiene su opinión, yo tengo la mía, no tenemos nada que discutir, yo

³ Véase, por ejemplo, Antoine Hennion, *La Passion musicale. Une sociologie de la médiation*, A.-M. Métaillé, Paris, 1993 [Hay traducción al español: Antoine Hennion, *La pasión musical*, trad. Jordi Terré, Barcelona, Paidós, 2002].

mantengo mi postura, usted mantiene la suya, cada cual en lo suyo”. Esta forma de tolerancia tiene en efecto algo chocante: supone que ya no hay nada que discutir, que ningún argumento volverá alguna vez a tener peso, que las opiniones están definitivamente establecidas, que el mundo está compuesto de esencias con límites fijos que nada nunca podrá modificar.⁴ La purificación conceptual es tan escandalosa como la purificación étnica porque supone un absolutismo del punto de vista particular: el otro nunca me hará cambiar de opinión acerca de mi propio punto de vista.

Los antropólogos emplearon mucho la expresión “relativismo cultural” (es el cuarto sentido al que recurrimos a menudo), pero este vocablo, en su origen, no designaba en absoluto la facultad de que cada etnia viviera en su propio territorio, encerrada dentro de su paradigma: se trataba, muy por el contrario, de ampliar la muy estrecha definición que los europeos construían para sí de la humanidad, de la razón, de la virtud, confrontándola con los otros pueblos con los cuales establecían relaciones por medio del comercio, la evangelización y la conquista. Para los antropólogos, la universalidad no podía jamás ser un punto de partida, sino que debía ser siempre un punto de llegada, una vez que la pesquisa hubiera sido llevada a cabo.⁵ En consecuencia, la utilización de la expresión se vio siempre acompañada, según ellos, de una exigencia mayor en la puesta en relación de los puntos de vista y jamás de un abandono progresivo de esas exigencias. No hace falta ir hasta allí y hacer un trabajo de campo para demostrar que las culturas son incommunicables...

⁴ Contra esta hipocresía del falso respeto del otro, véase el último volumen de Isabelle Stengers, *Cosmopolitiques*, Paris, La Découverte, 1997, titulado ¡con justicia! “Pour en finir avec la tolérance” (“Para terminar con la tolerancia”).

⁵ Véanse los ensayos reunidos por George W. Stocking (director de la publicación), *Observers Observed. Essays on Ethnographic Fieldwork*, Madison, The University of Wisconsin Press, 1983.

Probablemente tenemos aquí el medio para no perdernos entre todos esos diferentes sentidos de la misma palabra: ¿de qué se trata? ¿debemos acaso distender o bien acrecentar las exigencias que permiten que nos relacionemos con el otro? Ésa es la piedra de toque que permite distinguir el buen relativismo –que habría que llamar, si las palabras tuvieran un solo sentido, “relacionismo”– del mal relativismo –que no merece otra etiqueta que la de “absolutismo del punto de vista”.

No vale la pena perder un solo minuto en intentar saber si los regímenes totalitarios son o no el propio ejemplo del relativismo: la negación de los demás los organiza totalmente; la erección del punto de vista nacional como un absoluto es su única definición. No creamos, sin embargo, que esgrimir un universal nos permitirá luchar contra esos regímenes o contra sus resurgimientos. En efecto, recurrir a la universalidad puede tener exactamente los mismos efectos que el absolutismo: puede uno servirse de ella tanto para aflojar las rígidas imposiciones de la puesta en relación, como para suspender el trabajo de aprendizaje de los demás; alcanza con fingir saber de entrada lo que sólo puede adquirirse por medio de una investigación o de la experimentación. Puede verse con claridad, por ejemplo, cómo esta piedra de toque funciona en el campo de la estética: pone en una misma bolsa a todos aquellos que fingen que “sobre gustos no hay nada escrito” ya sea porque, evidentemente, no existe ninguna jerarquía, ya sea porque, evidentemente, sólo existe una, indiscutible y universal. El relacionismo pasa por otro lado: por la confrontación obstinada de los juicios particulares.

La palabra “relativismo” designa por lo tanto la posición por la cual uno escapa de esas dos desidias: la del absolutismo del punto de vista; la de la universalidad que se pone al resguardo de la contradicción: dos medios simétricos de escapar del riesgo que los demás hacen que corramos. Y vemos todo el partido

que se puede sacar de la injuria: “¡sucio relativista!”: evitamos sin mucho esfuerzo una larga discusión. Sin embargo, sin la recuperación de esta expresión, no hay pensamiento ni civilización posible.

Diciembre de 1997